



LA MONTAÑA DE LAS MISERIAS.

Si todas las desgracias del género humano, dijo Sócrates, pudieran reunirse en un fondo público para ser distribuidas por igual entre todos los individuos de la especie humana, los que ahora se creen más desgraciados preferirían el cupo que ya poseen al que les pudiera corresponder en tal distribución. Horacio elevó su pensamiento á más alto grado, diciendo, que los trabajos ó desgracias á que estamos sujetos, nos son más llevaderos que nos serían los de otras personas en el caso de que pudiéramos cambiar con ellas de condición.

Reflexionando sobre estos dos pensamientos, sentado en mi sillón, me quedé insensiblemente dormido; cuando de repente se me figuró oír un llamamiento que hacia Júpiter á todos los mortales para que le llevarsen sus penas y calamidades y las

arrojasen en un montón. Una gran llanura había sido señalada para este objeto. Yo me coloqué en su centro y vi con gran placer á todos los individuos de la especie humana marchar uno tras otro, y arrojar sus diversas cargas, que bien pronto formaron una prodigiosa montaña, que parecía elevarse sobre las nubes.

Una joven vaporosa y aérea tomaba una parte muy activa en aquella solemnidad. Llevaba en una de sus manos un cristal de aumento, y se hallaba ataviada con un ligero y ondulante traje bordado con diversas figuras de demonios y espectros, que se transformaban en millares de formas quiméricas cuando su vestido era agitado por el viento. Su semblante revelaba volubilidad y distracción. Su nombre era *Fantasia*. Guiaba á cada uno de los mortales

al sitio designado, despues de haberles ayudado á hacer su lío y á cargarle á las espaldas. Mi corazon se oprimia al ver á mis semejantes gimiendo bajo la opresion de sus respectivas cargas y al contemplar aquel prodigioso monton de calamidades humanas que estaba ante mi vista.

Hubo, sin embargo, diversas personas que me divirtieron en aquella ocasion. Observé á una que llevaba un fardo muy cuidadosamente oculto bajo una vieja capa bordada, y despues que le arrojó, descubrí que era la *Pobreza*. Otra, despues de muchos resoplidos, arrojó su equipaje, que, despues de examinado, averigüé era su esposa. Vi á enjambres de viejas que arrojaban sus verrugas, y á no pocas jóvenes que se despojaban de su cútis. Habia inmensos montones de narices rojas, gruesos labios y ennegrecidos dientes, aumentándose mi sorpresa al ver que la mayor parte de la montaña estaba formada con deformidades corporales. Observando á uno que avanzaba hácia el monton con una carga mayor que las ordinarias, reconocí que era una joroba natural que su dueño regalaba con alegría á la coleccion de miserias humanas. Habia ademas males de todas clases, aunque observé que muchos eran más imaginarios que efectivos. Un pequeño paquete vi tambien, que andaba en manos de personas muy elegantes, y era un conjunto de todas las enfermedades inherentes á la naturaleza humana, cuyo nombre era *esplin*. Pero lo que me sorprendió más que nada, fué

observar que no habia sido arrojado ni un solo vicio, ni una tontería, cuando tan buena ocasion se ofrecia á todos de desembarazarse de sus pasiones, preocupaciones y flaquezas.

Tomé nota particular de un sujeto muy disipado, que venía cargado con sus crímenes; registré su lío, y encontré que en lugar de haber arrojado sus culpas, dejó solamente su memoria. Le seguia un bribon que tiró su modestia en lugar de su ignorancia.

Cuando toda la raza humana hubo arrojado de esta manera sus cargas, la *Fantasía*, que habia estado tan ocupada, viendo que yo era un ocioso espectador de lo que pasaba, se aproximó á mí, causándome gran desasosiego con su presencia; despues tomó su cristal de aumento y lo puso ante mis ojos. Tan pronto como lo hubo hecho, me sentí sobrecogido al observar la inmoderada anchura de mis facciones, y enojado con mi rostro, me le arranqué á semejanza de un antifaz. Sucedió afortunadamente que uno que estaba junto á mí acababa de arrojar el suyo, porque le parecia demasiado largo. Verdaderamente, era de ridícula longitud: creo que la barba era, sin exageracion, tan larga como toda mi cara. Ambos tuvimos una oportunidad para componernos, puesto que cada uno de los hombres tenía la libertad de cambiar sus desgracias por las de otra persona.

Vi con inexplicable placer á todo el mundo libre de sus penas: aunque al mismo tiempo, como estuvié-

semos inspeccionando los diversos materiales de que estaba compuesto el monton, tuvimos ocasion de observar que apénas habia un mortal, de la inmensa muchedumbre que allí se reunia, que no descubriese lo que él pensaba que eran placeres y venturas de la vida; y se admiraban de cómo sus propietarios las habian considerado como cargas y agravios.

Cuando estábamos observando más atentamente aquélla confusion de miserias, aquel cáos de calamidades, Júpiter hizo un segundo llamamiento para que cada cual tuviese la libertad de cambiar sus aficciones y volver á su casa con cualquier otra carga que se le diese.

En esto, la Fantasía empezó de nuevo á moverse, y repartiendo el monton con increíble actividad, recomendó á cada cual su paquete particular. La confusion de aquellos instantes no puede ser fácilmente expresada, pero comunicaré á los lectores algunas de las muchas observaciones que hice. Un venerable anciano que habia dejado el cólico, y que necesitaba un heredero de sus inmensas riquezas, recogió de pronto un hijo desobediente, que habia sido arrojado al monton por su enojado padre. El malvado jóven se agarró á las barbas del venerable anciano, y estaba á punto de romperle la cabeza, cuando éste, viendo venir al verdadero padre con un acceso de retortijones, le suplicó se quedára otra vez con su hijo y le devolviera el cólico; pero ninguno de ellos podia anular la eleccion hecha. Un po-

bre presidiario que habia arrojado sus cadenas, tomó la gota en su lugar; pero hacia tales gestos, que cualquiera podia comprender que no habia salido muy ganancioso en el cambio. Era curioso ver los diversos cambios que se habian hecho, pues la enfermedad cambiaba con la pobreza, el hambre con la falta de apetito, y el cuidado con la pena.

El mundo femenino estaba muy ocupado en ajustar facciones; una estaba cambiando una guedeja de canas por un carbunco; otra cedia una cintura estrecha por unos hombros demasiado robustos; pero no habia una sola que no considerase la nueva falta, tan pronto como la habia adquirido, mucho más desagradable que la primitiva. Hice la misma observacion en todas las desgracias ó calamidades que cada cual llevaba consigo, en lugar de las que habia cedido. Si esto consiste en que todos los males que nos aquejan son adecuados y proporcionados á nuestra naturaleza, ó que nos son más llevaderos porque estamos ya acostumbrados á ellos, es cuestion que no puedo dilucidar.

No pude ménos de compadecerme del pobre caballero jorobado, á quien ántes cité, que se marchaba muy bien formado, pero con mal de piedra en la vejiga; y del elegante caballero que habia cerrado el trato con él, que marchaba cojeando por entre una multitud de damas (acostumbradas á admirarle), y con un bulto que asomaba sobre su cabeza.

No debo omitir mi particular aven-

tura. Mi amigo, el de la cara larga, apenas se puso la mia, hizo tan grotesca figura, que no pude ménos de reirme. El pobre señor era tan sensible al ridículo, que estaba avergonzado de lo que habia hecho; y yo mismo no tenía gran razon para cantar victoria, pues como fuese á tocarme la frente, no acerté, y planté mi dedo en el labio superior. Además, como mi nariz era excesivamente grande, la dí dos ó tres golpes, cuando pasando la mano por mi cara, quise dar en otra parte. Dos ó tres caballeros que estaban junto á mí, se hallaban en análoga situacion: habian hecho un cambio muy estúpido entre un par de piernas muy gruesas y dos largas canillas raquílicas, sin sus pantorrillas correspondientes. Uno de ellos parecia que andaba sobre zancos, y estaba tan elevado, que se le iba la cabeza, mientras que el otro describia unos círculos tan raros cuando intentaba andar, que apenas sabía cómo moverse sobre sus nuevos sostenes. Pareciéndome que era un buen sujeto, le dije que le apostaba una botella de vino á que no andaba derecho por espacio de un cuarto de hora por una línea que le tracé en el suelo con mi baston.

El monton fué al cabo distribuido entre ambos sexos, los cuales marchaban arriba y abajo, con sus respectivas cargas, produciendo la escena más lastimosa que se puede imaginar. No se oia más que murmullos y quejas, gritos y lamentaciones. Júpiter, al fin, teniendo com-

pasion de los pobres mortales, les ordenó que dejaran sus cargas, con la condicion de dar á cada cual la suya propia. Todos se descargaron con gran placer, despues de lo que el fantasma, que les habia hecho concebir tan gratas ilusiones, desapareció, reemplazándola una Diosa de muy distinta figura. Sus movimientos eran firmes y reposados, y su aspecto, aunque formal, era risueño. Miraba con frecuencia al cielo y fijaba su atencion en Júpiter: su nombre era *Paciencia*. En cuanto se colocó junto al monte de las penas, todo él empezó á descender de tal modo, que parecia ser la tercera parte menor que ántes. Despues devolvió á cada uno su calamidad propia, y enseñándoles de qué manera debian soportarlas para que se les hiciera más llevadera, se marchó, muy satisfecha, porque no la dejaron elegir á su arbitrio los males que la correspondian en suerte.

Ademas de las máximas morales que pueden deducirse de esta vision, aprendí de ella á no murmurar nunca de mis desgracias, ni á envidiar la felicidad ajena, puesto que es imposible á ningun hombre el formar un juicio exacto de los sufrimientos de sus prójimos; por cuya razon tambien estoy decidido á no pensar nunca ligeramente de las quejas de los otros, sino á contemplar las penas de mis semejantes con sentimientos de humanidad y compasion.

ADDISON.

LA MEJOR AMIGA.

NARRACION ESCRITA POR MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Á MIS QUERIDAS NIÑAS

MARÍA, EMMA Y LIDIA GUERRERO Y FIGUEROA.

DEDICATORIA.

La mejor, la más fiel, la más tierna de las amigas, es una madre, mirad así á la vuestra, depositad en ella vuestra completa confianza, y jamas tendréis que arrepentiros, como *Enriqueta*.

Teneis un padre, cuyo gran talento puede servir de guia; una madre, cuyas virtudes os ofrecen dulce y constante ejemplo, y el cariño de los dos, puerto seguro de todas las borrascas de la vida.

Dad gracias á Dios por todos estos bienes, como se las da por vosotras vuestra amiga, que os ama de todo corazon,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

I.

—Mamá, dijo un dia Enriqueta á la señora de Cifuentes: ¿quieres que vaya esta tarde á pasar un rato á casa de mi prima Amelia?

—No, respondió la madre, cambiando la expresion habitualmente dulce y benévola de su fisonomía por otra grave y casi descontenta.

Enriqueta bajó la cabeza sobre su bordado, y quedó muda; pero una lágrima brilló en la franja sedosa de sus largas pestañas.

Nada hay tan tierno como el co-

razon de una madre; la señora de Cifuentes, despues de su severa negativa, miró al soslayo á su hija, y se enterneció por dos cosas á la vez: por su dolor y por su conformidad.

—Hija mia, la dijo con su acento más suave, ya sabes los motivos que tengo para no permitirte ir á casa de tu prima; su carácter es voluntarioso y está lleno de caprichos; echa á perder tu buena índole, y te da mal ejemplo, porque es mayor que tú.

—Sin embargo, mamá, tú la quieres mucho, segun parece.

—Es la hija de mi hermano, y el pesar que me causan sus defectos no puede amortiguar mi afecto hácia ella; pero te quiero más á tí, y deseo preservarte del mal ejemplo.

—Ántes me dejabas verla alguna vez.

—Porque yo podia acompañarte; ahora la enfermedad de tu abuelo apenas me permite dejar su alcoba más que para dar una vuelta por el jardin, y no quiero que vayas solá á casa de tu prima, cuya índole, te lo repito, no es buena.

— ¡Pero, mamá!...

Enriqueta no acabó su frase, temiendo incomodar á su madre, y bajó de nuevo la cabeza con abatimiento.

— ¡Vamos, habla! dijo la señora de Cifuentes; no quiero que me tengas por injusta: ¿qué nuevo cargo ibas á hacerme?

— Quería decir que mi hermano va, y que á mí no me dejas ir.

— Escúchame, Enriqueta mia, repuso la señora de Cifuentes; ya te he dicho que no quiero que me tengas por injusta y caprichosa, y voy á decirte por qué permito que vaya tu hermano Antonio á casa de tu prima, y no quiero que vayas tú.

Antonio tiene once años, es de carácter tranquilo y reflexivo, y sólo puede aprender cosas buenas de su primo Luis, que es un modelo de bondad, de ternura filial y de aplicación; además, Luis está siempre encerrado en su colegio, y sólo los días de fiesta sale un rato, siendo sus instantes más dichosos los que pasa al lado de tu hermano Antonio; pero, hija mia, así como tu primo es el modelo de los niños de su edad, tu prima no parece ser su hermana, por los graves defectos de su carácter. Antonio gana con la sociedad de Luis; tú pierdes mucho con la de Amelia; á tu edad, hija mia, á los nueve años, no hay en el alma reflexión para resistir al mal ejemplo; sosiégate, y cree que cuando tu madre se niega á complacerte, tiene para ello una poderosa razón.

La madre besó á su hija en la

frente, y salió del jardín donde había tenido lugar este diálogo, para volver al lado de su anciano padre, que se hallaba enfermo de peligro.

II.

La familia de Cifuentes residía en un hermoso hôtel, situado en el paseo de Recoletos, y que tenía á la espalda un bello y extenso jardín.

Constaba esta noble y rica familia del señor de Cifuentes, viajando, al empezar esta historia, por nuestras provincias de Ultramar, de su esposa, amable y virtuosa señora, del padre de ésta, bondadoso y digno anciano, atacado entónces de una fiebre peligrosa, y de dos niños, hijos de los señores de Cifuentes, y adornados de las más felices disposiciones.

Antonio, el mayor, estaba dotado del más bello natural: activo, sincero, estudioso, amable con todos, tenía profesores en casa, y además un ayo de edad madura, que le quería casi tanto como su ausente padre.

Enriqueta, su hermana, contaba nueve años y medio: dotada de una imaginación más viva que la de Antonio, y de gran exaltación de ideas, poseía ménos reflexión; tenía además mucho amor propio, y, adulándola, se conseguía de ella todo lo que se deseaba; además, su carácter era un poco fuerte y voluntarioso, y la contrariedad la mortificaba en extremo.

Su madre, que conocía sus defectos, le quebrantaba la voluntad; pero aunque la distinguida educación que recibía impedía á Enriqueta el mos-

trarse violentamente contrariada, se le conocía que sólo el respeto á su madre, y el temor de faltar á las leyes de la buena educacion, contenian su enojo.

Contribuia á fomentar su carácter, un tanto fuerte, el cariño que profesaban á la niña su abuelo, su padre y su hermano; sólo su madre se creia en el deber de contrarestar aquella ciega idolatría, poniendo freno alguna vez á los caprichos de Enriqueta; no hay que decir que ésta la acusaba de injusta y de que no la amaba.

El personal del servicio de casa de los señores de Cifuentes constaba de numerosos criados; pero sólo habia una doncella, ó camarera, pues la madre de Enriqueta deseaba que ésta aprendiese, en lo posible, á servirse por sí misma.

Habiendo salido para casarse una jóven que hacia ya años se hallaba en la casa, tomaron otra para reemplazarla, llamada Anita, viva y activa al parecer, pero que desde luego demostró ser adúladora, y querer captarse la confianza de su señora.

Esto no era posible: una dama distinguida, como era la señora de Cifuentes, no podia dar libertades á sus criados, y les tenía siempre á una prudente distancia.

No obstante, la astuta Anita ace-

chaba la ocasion de entrar por cualquier lado que fuese en la intimidad de la familia, y no perdía las esperanzas de lograrlo.

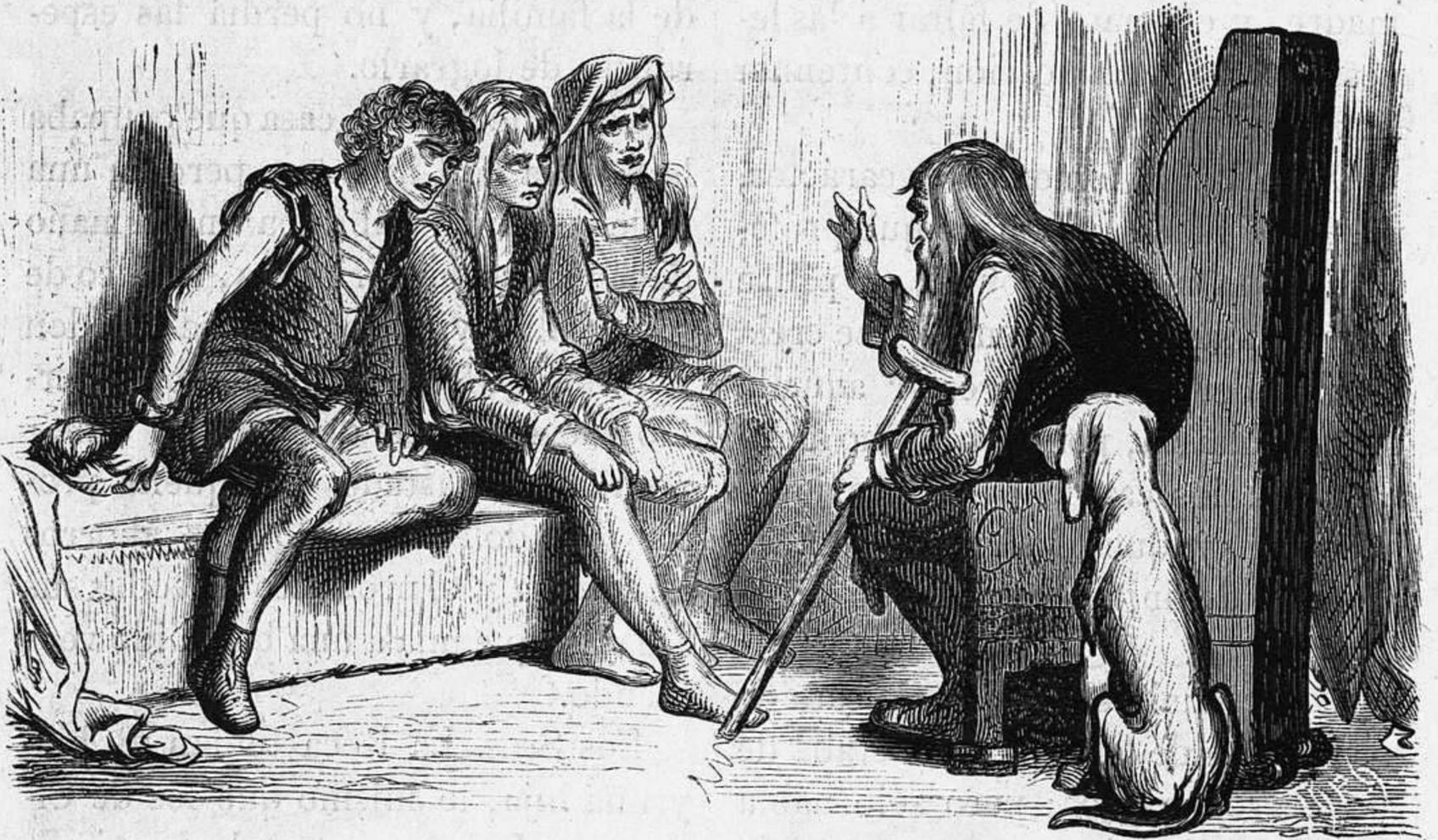
Cerca de la bella casa que ocupaba la familia de Cifuentes, pero en una calle solitaria, habitaba un hermano de la madre de Enriqueta, médico de gran valía, y cuyo nombre era don Andrés La Roca; pero estaba enfermo hacia más de dos años, y su esposa habia gastado en aquélla prolongada dolencia todos los ahorros de la casa y el producto de todas sus alhajas, que una á una habia ido vendiendo.

Los Sres. La Roca tenían un hijo y una hija, lo mismo que los de Cifuentes: Luis, que contaba la misma edad que Antonio, estudiaba en uno de los mejores colegios de Madrid, que pagaba su tia la señora de Cifuentes. Amelia, su hermana, contaba ya doce años, y era el tormento de su madre por su carácter turbulento y agresivo.

En cuanto á Luis, no era posible hallar una criatura de un carácter más noble y más amable, y menos defectos en un niño de su edad: los profesores del colegio le amaban, y su madre, viendo próxima la muerte de su esposo, se decia que sólo en su hijo hallaria algun consuelo.

(Se continuará.)





EL TESORO.

(FÁBULA.)

Un labrador que por su buena suerte
Y por su aplicacion no desmentida
Gozó de bienestar toda la vida,
Llegar sintiendo la implacable muerte,
A sus hijos llamó, y con voz entera
Y amante les habló de esta manera.

— «Hijos, nunca vendais la pobre tierra
Que heredé de mi padre, y un tesoro
Oculta, aunque no sé donde lo encierra.
Trabajad por hallarle, yo os lo imploro;
Trabajad á destajo,
Que tal premio merece tal trabajo.
Moved todo el terreno,
Quitadle las malezas,
Rompa el arado de la tierra el seno
Y al cabo serán vuestras sus riquezas.»

Muerto ya el labrador, seguir quisieron
El paternal consejo; más no vieron
Los hijos el tesoro que soñaban.
En cambio, del trabajo como fruto,
Abundante cosecha aseguraban
Que pródiga la tierra dió en tributo.

No fué necia invencion del pobre viejo:
El tesoro existia,
Y hoy sus hijos bendicen el consejo
Que para descubrirlo les dió un dia.

*Los tesoros, oh niños, de aquí abajo
La honradez los conquista y el trabajo.*

M. OSSORIO Y BERNARD.

ESCENAS INFANTILES.



No puede negarse que el chiquitín sostenido por la hermana mayor en el marco de la ventana, está muy guapo, y que el artista ha hecho un verdadero cuadro al copiar la escena del natural; pero mucho me temo que si se repite con frecuencia vuela la criatura desde la ventana del emparrado hasta el duro suelo. Y entónces serán los llantos, y entónces la imprevision habrá ocasionado una desgracia irreparable.

NECESIDAD DEL ASEO.

No os enoje nunca, queridos niños, la inspección de limpieza á que os sometan en casa vuestras familias y en la escuela el maestro.

Los cuidados del cuerpo no son cosa fútil y de escasa importancia, sino que interesan á toda la sociedad y constituyen una necesidad general. La salud pública mejora notablemente cuando se abren fuentes en las calles de las grandes poblaciones, se lavan las inmediaciones de las casas, y sus habitantes pueden disponer de aguas copiosas y limpias; cuando en los campos no se dejan formar charcos á las aguas sucias que pueden hacer cloacas infectas y malsanas; cuando se conserva la limpieza y brilla el aseo en la más humilde choza; cuando así el labrador como el ciudadano no pierden la costumbre de los cuidados materiales. No es necesario ser ricos para ser limpios, y el pobre puede hacer ménos penosa su existencia, limpiando su habitacion, conservando su cuerpo libre de manchas y cuidando de sus vestidos por usados que estén. Dios hace correr para todos los rios y las fuentes, y sus aguas pueden recogerse sin más trabajo que una inclinacion. La pereza y la indiferencia, y algunas veces también el desaliento, detienen al desgraciado en estos cuidados de limpieza, en que

no piensa, absorto en sus pesares. Entónces es la ocasion de darle un buen consejo. Éste, unido á la limosna del rico, es una ofrenda muy caritativa, y que no se realiza todo cuanto se debiera.

No es sólo en nuestras grandes ciudades donde se ve á una poblacion pobre y numerosa apiñada en habitaciones pequeñas y enfermizas, ni donde se nota un abandono completo en los cuidados de la limpieza; ¡lo mismo sucede en las aldeas y en las chozas, que están, sin embargo, mucho más ventiladas! Forzoso es confesar que el cuidado de la limpieza y los hábitos de orden no han entrado aún en nuestras costumbres. El baño no se usa más que en las ciudades importantes, y sólo en casa de los ricos: en las campiñas, y sobre todo en la estacion de los frios, se le considera como un remedio que debe ser prescrito por el médico, y no como uno de los medios más eficaces para conservar la salud.

¡Cuántas enfermedades tienen su origen en el olvido de los cuidados de limpieza! La historia ha conservado el recuerdo de las plagas pestilentes, cuyas periódicas visitas destruian á las poblaciones de Europa: estas plagas han cesado, aunque no porque el pueblo haya adquirido mejores costumbres, sino porque los

progresos de la industria y el comercio han permitido á todos usar el lienzo, que ántes era muy raro y no llegaba hasta los pobres. En la Edad Media la lana era el único vestido del pueblo, que lo llevaba sobre la piel; y sea por pereza ó por la necesidad de conservar siempre puesto el único vestido que la pobreza le permitía poseer, no lo lavaba nunca. Verdad es que á su miseria y á sus sufrimientos oponía al ménos una piadosa resignacion, porque el sentimiento religioso era entónces muy vivo, y el amor de Dios sostenía el valor de los desgraciados. Gran número de peregrinos, impulsados por las necesidades de la conciencia, iban á Tierra Santa á orar sobre el sepulcro de Jesucristo: los unos aceptaban como afortunada penitencia de sus faltas aquellos penosos viajes, bajo un clima abrasador y en países ocupados por el feroz musulman; los otros corrían en tropel para libertar aquella tierra sagrada del odioso yugo de los infieles, y volvían trayendo santas reliquias y refiriendo piadosas narraciones que se escuchaban con avidez. Desgraciadamente, de aquellos países en que tan ardiente es el sol, y en que tantas fatigas habían pasado, traían el gérmen de enfermedades pestilenciales, de aquella horrible lepra, que castigaba poblaciones enteras. Era uno de los más crueles estragos de la humanidad, y se le consideraba como un castigo celeste. Aquella horrible enfermedad, contra la cual era impotente la

medicina, y sólo la iglesia se atrevía á combatir con piadosas oraciones, era tan general, que llegó á contarse en Europa el número de veinte mil hospitales consagrados á dicha clase de enfermos, ó sea *leproserías*.

La desaparicion de dicha plaga es una prueba incontestable de los buenos efectos que debe producir toda mejora en las costumbres de un pueblo. Desde que el uso del lienzo se ha generalizado, la lepra ha cesado en sus estragos. Otras calamidades castigan aún á las clases pobres, especialmente cuando se reconcentran en espacios estrechos y mal ventilados gran número de hombres, pero estos males crueles no afligirían al pueblo, si el aseo y la limpieza se convirtiesen en una costumbre y una necesidad. ¿Quién puede dudar que la sarna sea uno de los tristes efectos de la falta de limpieza de los hombres? Este castigo no es una enfermedad, es producto de un gusanillo que escapa á nuestra mirada, pero que el microscopio nos muestra y nos permite seguir en el espesor de la piel, donde causa horribles daños. Tal vez otras muchas enfermedades tienen análogo origen.

Procuremos, pues, hacer conocidas estas verdades; adoptemos y hagamos que los demás adopten costumbres de limpieza. Nuestro interés debe movernos á ello, y otro motivo de un órden más elevado convierte la conveniencia en ley ineludible.

TH. LEBRUN.

SENTIMIENTOS MORALES.

(Conclusion.)

Si la necesidad de vivir entre las gentes excita al estudio de sus diferentes caracteres, ¿cuánto más importante se hace para aquellos que hayan de dirigir la primera educacion de sus hijos ó de sus discípulos? ¿Quién podrá reprimir las propensiones peligrosas de un niño, sin tener idea cabal de los sentimientos morales que pueden neutralizar su influjo?

Este conocimiento, sin embargo, no siempre se mira con la atencion que requiere su elevada importancia, y de aquí es que las pasiones ménos imperiosas y altivas se sobrepongan á los mejores deseos y más rectos principios; y como los niños no pueden enseñarse á sí mismos, forzoso es darles algunas reglas para ello.

Es una verdad reconocida que no puede haber efecto sin causa, y cuando la causa de una accion funesta permanece ignorada, en vano se tratará de cortar las consecuencias, porque el motivo que la produjo dará origen á su repeticion.

Por lo tanto, y resumiendo los principios genéricos que dejamos consignados, dirémos que si bien aplaudimos se cultive la inteligencia de los niños, es preciso no perder de vista los sentimientos y pasiones que alberga el corazon, que se traducen más tarde en acciones humanas.

Este estudio nos dará la norma para guiar desde la más tierna infancia las tendencias del bien y del mal en su desarrollo lento, siempre progresivo en los diferentes períodos de la niñez hácia su dicha y perfeccion, que es el fin predilecto del Autor del Universo.

Indicada tambien en otra ocasion la conveniencia de dar su verdadero significado á las palabras, porque en otro caso se altera su sentido y verdaderas aplicaciones, verémos, pues, en artículos sucesivos, por el orden y con el método que nos propusiéramos de antemano, mediante á que no acostumbremos á escribir sin plan y sin objeto, la idea que tratamos de desenvolver, una vez enunciada la utilidad del estudio del corazon humano. Y para no hacer cansado este trabajo, no tratarémos de todos los sentimientos morales; bastará á nuestro propósito fijar los más principales y difíciles de exponer; los clasificaremos según su importancia, y esto será suficiente para que, observando las reglas que establecemos, cualquiera pueda analizar los que omitamos, y trazando la línea divisoria entre ellos y las pasiones con que suelen confundirse ó equivocarse.

Para dar la medida de un sentimiento moral es indispensable conocer, primero, su *origen*; segundo, su

carácter; tercero su *tendencia*. Llamaremos originarios á los que existen desde la infancia; y claro es que no será originario todo sentimiento que, léjos de presentarse como instintivo y natural, haya sido adquirido por medio de la educacion y del estudio.

Dirémos que es de carácter simple todo sentimiento que por el principio de originario que lleve no aparezca mezclado con otro ni necesite cooperacion alguna para manifestarse; y compuesto, todo aquel que para tomar carácter necesita asociarse á otro sentimiento moral.

Por último, llamaremos *expansivos* á los que espontáneamente ceden y refluyen en beneficio comun del individuo ó de la humanidad en general, y *retroactivos* á los que, basados en el egoismo, se ejercen en provecho propio, sin ventaja para los demas.

La empresa es árdua, nuestra su-

ficiencia escasa; pero si logramos, como lo procuraremos, tratar esta interesante materia sin hacerla perder de su elevado concepto, presentándola no obstante con claridad y sencillos ejemplos, al alcance de la inmadura inteligencia de los niños, para que pueda serles útil el conocimiento de los sentimientos morales, habrémos cumplido con el deber que nos impusimos al escribir en esta amena Revista de educacion y recreo, de cooperar en cuanto nos sea dable á la instruccion de la juventud estudiosa, con variedad de artículos sobre diversos asuntos, que es el principal objeto que se propuso su ilustrado director, quien no perdona medio ni sacrificio de ninguna clase para complacer á sus constantes suscritores.

MANUEL JOAQUIN PASCUAL.

FÁBULAS.

EL PAJAR QUEMADO (1).

Ardian unos espinos
Cerca de un viejo pajar,
Y el dueño empezó á gritar
Despertando á los vecinos.
A contar lo que sucede
Va el necio de casa en casa,

Mas no ve que el tiempo pasa
Y serle funesto puede.

Corren por fin al lugar
Del siniestro, pero tarde,
Porque envuelto en llamas arde
Hecho un Vesubio el pajar.

« Grande fué tu desatino,
Dijo entónces un anciano,
Puesto que estuvo en tu mano
Apagar pronto el espino.

» Si prudente así lo hicieras
No verias malogrado

(1) Esta fábula y la siguiente, pertenecen al precioso libro de *Fábulas morales*, que ha publicado el docto catedrático de retórica y poética del Instituto de San Isidro. Este libro se vende á 8 rs. en todas las librerías.

El tesoro acumulado
 Con tanto afan en las eras.»
No vanas quejas exhales
Por las penas que te afligen
Si no cortaste en su origen,
Pudiéndolo hacer, los males.

EL CAMINANTE.

Allá, en lo más espeso
 De un intrincado bosque,
 A un pobre caminante
 Le sorprendió la noche.
 Mil vueltas y revueltas
 Va dando por el monte,
 Mas no encuentra salida
 Por más que lo recorre;
 Y tanto pierde el tino,
 Que apenas ya conoce,
 Ni dónde está el oriente,
 Ni adónde cae el norte.

El Abrego acaudilla
 Preñados nubarrones,
 Y el ronco són del trueno
 Redobla sus temores.

Mas una luz lejana
 Sus ojos hierre entónces,
 Perdida entre los grupos
 De los añejos robles.

Cual un bienhechor faro
 Seguirle se propone,
 Y alegre va tras ella,
 Y avanza, suda y corre.

Mas ¡ay! de la montaña
 Bajo el peñon enorme,
 Da el triste en una cueva,
 Guarida de ladrones.

Allí donde el remedio
Buscaba á sus dolores,
Su perdicion y ruina
Tal vez encuentra el hombre.

RAIMUNDO DE MIGUEL.

PROBLEMAS.

SOLUCION DE LOS ENIGMAS ALEGÓRICOS, PUBLICADOS EN LA AGENDA DE LOS NIÑOS,
 CON LOS NOMBRES DE LOS SUSCRITORES PRIMEROS QUE LOS HAN ACERTADO.

- 1.º — La vejez, la juventud, la infancia y la virilidad.
- 2.º — La pereza.
- 3.º — El trabajo.
- 4.º — El orgullo.
- 5.º — La maldad.
- 6.º — La Religion.
- 7.º — La Virtud.
- 8.º — La industria.
- 9.º — La ambicion.
10. — La justicia y la venganza persiguiendo al crimen.
11. — El Occidente.
12. — El Oriente.
13. — El Mediodía.

14. — La inconstancia.
15. — La elocuencia libre, el genio de la tragedia, el de la comedia, el de la poesia heróica y el de la poesia pastoril.
16. — La envidia, el tiempo, la verdad.
17. — La esperanza cristiana.
18. — La justicia.
19. — La humildad.
20. — La mentira.
21. — La verdad.
22. — La castidad.
- D. Luis Muñoz de Remisa, de Madrid, el 1.º, 2.º, 4.º, 6.º, 17, 18, 19 y 20.
- D. Antonio María y Gargollo, de Madrid, el 4.º, 8.º, 10, 11, 12, 13, 16, 17 y 18.

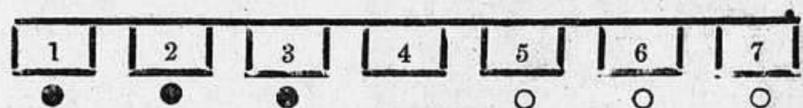
S. R., de Madrid, el 10, 16, 18 y 19.
 D. Raimundo Alfonso y Saqueta, de Tarragona, el 1.º, 2.º, 4.º, 8.º, 17, 18 y 19.
 D. César Perez Alonso, de Madrid, el 3.º, 5.º, 6.º, 7.º, 20, 21 y 22.
 D. Cándido Calvo, de Cádiz, el 9.º, 10, 11, 12, 13 y 22.
 D. Luis Alvarez, de Madrid, el 16, 17 y 18.
 D. Francisco Ansaldo y Otalora, de Madrid, el 18.
 D. Antonio Rius y Juliá, de Madrid, el 18.
 Con arreglo á lo que indicamos en la *Agenda*, sólo damos los nombres de los primeros niños que acertaron los enigmas.

SOLUCION DE LOS PROBLEMAS NÚMEROS 11 Y 12.

La del 11 no puede ser más fácil : se quitan las líneas que van indicadas con puntos.



Para la mejor inteligencia del 12, vamos á reproducir la figura, señalando con números todos sus cuadros.



Recordaréis que las bolas negras ocupaban los cuadros números 1, 2 y 3, y las blancas el 5, 6 y 7. Ahora bien : tomo la primera blanca y la paso al 4.º, tomo la primera negra, y saltando por la blanca, la hago ocupar la casilla 5.ª ; avanzo la segunda negra á la casilla 3, la blanca que estaba en la 4.ª salta á la 2.ª, y la blanca que estaba en la 6.ª salta á la 4.ª, avanzando también la de la 7.ª á la 6.ª ; la primera negra que estaba en la 5.ª pasa á la 7.ª, y la segunda negra, que estaba en la 3.ª, pasa á la 5.ª ; la tercera bola negra, que estaba en la 1.ª, pasa á la 3.ª, con lo cual quedan completamente alternas las bolas : la blanca de la casilla 2.ª pasa á la 1.ª, la de la 4.ª á la 2.ª y la de la 6.ª á la 4.ª ; la negra de la 3.ª salta á la 5.ª, con lo que todas las negras ocupan su nuevo sitio, y la blanca que llenaba la casilla 4.ª salta á la 3.ª, quedando resuelto el problema. La explicacion parece algo confusa, pero no lo es desde el momento en que se traza un plano y se ejecuta la operacion.

Han acertado estos ú otros problemas anteriores, los niños siguientes :

- D. Antonio Marin y Gargollo, el 9 y 10.
- D. José Genaro Marzan, de Madrid, el 11 y 12.
- D. José Morales y Sellán, de Madrid, el 11 y 12.
- D. Rafael Palacios del Valle, de Madrid, el 11.
- D. José Sainz, de Madrid, el 11.
- D.ª Lucía, D. Alvaro y D. Gonzalo Ozores, de Madrid, el 12.
- D. Enrique Martinez y Cardeña, de Madrid, el 11.
- D. Antonio Marin y Gargollo, de Madrid, el 11.
- D. José María Olózaga, de Madrid, el 9 y 10.
- D. Isidro García Lastra, de Madrid, el 11.

- D. Francisco Ansaldo y Otalora, de Madrid, el 9 y 10.
- D. Luis y D. Ramiro Muñoz de Remisa, de Madrid, el 10.
- D. Raimundo Alfonso y Saqueta, de Tarragona, el 9.
- D. Camilo Bartonía y Medina, de Madrid, el 11.
- D.ª Agueda Urra, de Madrid, el 11.
- D. Antonio Rius y Juliá, de Madrid, el 9.
- D. Manuel Grangés, de Madrid, el 9 y 10.
- D. Antonio Gaston y Mendez, de Madrid, el 9.
- D. Jesus Menendez Cauton, de Oviedo, el 9 y 10.
- D. Juan Echevarría, de Barcelona, el 9 y 10.
- D.ª Petra Cobelo y Diaz, de Madrid, el 9 y 10.
- D. Antonio Migueles.
- D. Manuel Rodriguez, de Málaga.
- D.ª Amalia Arribas Arroyo, de Madrid.
- D. Diego de la Llave, de Barcelona.

Paso ahora á indicar una alteracion que va á tener el negociado de problemas. Habiendo recibido muy justificadas quejas de algunos suscritores de provincias, á causa de que recibiendo el número con retraso no pueden remitir las soluciones con oportunidad ; habiendo observado también que algun suscriptor de Madrid me ha enviado soluciones dos ó tres dias despues de publicadas por el periódico ; considerando que esto entraña un pequeño engaño de que no puede ser cómplice el periódico, vengo en decretar lo siguiente :

- 1.º No se publicarán problemas en todos los números, sino alternadamente.
- 2.º Cuando se publiquen, serán cuatro por lo ménos.
- 3.º Teniendo ya los suscritores de Madrid un plazo de veinte dias para resolver los problemas, y pocos ménos los de provincias, no se publicarán más soluciones que las que lleguen dentro del plazo citado.
- 4.º y último. Queda prohibido decir (como en dos cartas que tengo á la vista se dice), que la mitad de dos y medio son uno y medio, porque esto constituye una calumnia contra la pobre aritmética, que ningun delito ha cometido.

Una vez publicado el anterior decreto, de cuyo cumplimiento quedan encargados los padres, tutores y maestros de nuestros queridos niños, pasemos á formular media docena de problemas.

13.—Cómo se llama el hijo que al morir hace nacer nuevamente á su madre.

14.—Hace dias presté á mi amigo Juan 6 duros ; á José 8 y 40 céntimos ; á Luis 51 duros y 13 céntimos, y á Diego 4 duros 8 céntimos y 6 milésimas. Los cuatro se fueron á jugar y cada uno de ellos ganó el doble del dinero prestado y 12 duros más ; al otro dia se fueron también á jugar y perdieron una mitad de su capital ; al tercer dia perdió cada uno la tercera parte de lo que tenía y hoy me han devuelto lo que les presté. ¿ Cuánto les queda, despues de pagarme ?

15.—¿ Qué objeto se construye cantando y se paga llorando, lo encarga el que no lo quiere y no lo ve el que lo gasta ?

16.—Un muchacho subió á un peral que tenía cierto número de peras, y al bajarse nuevamente, ni le dejó peras ni las habia comido él. ¿ Cuántas habia y cuántas se comió ?

17.—Dos amigos estaban contando una porcion de cuartos.— Dame 145 de los tuyos, dijo uno, para que uniéndolos á los míos tenga el doble de los que á tí te queden.— Dame tú 145, le contestó el otro, y quedarémos los dos con igual número de cuartos.

18.—¿ Podréis decirme cuántos piés tiene una pata ?



ESCENAS INFANTILES.



Ahí teneis á Juanito, muy tranquilo á pesar de ver que sus papás y su hermanita Julia se marchan de paseo. Está matriculado en latin y quiere aprender el *quis vel qui quæ quod vel quid* que le han señalado como lección para el día siguiente. No creais que le gusta más el latin que el Retiro; pero Juanito es muy pundonoroso y tiene el mayor empeño en que sus maestros le aprecien y sus condiscípulos no se burlen de él.

Lo que es como siga así, Juanito llegará á saber más latin que el P. Hornero, cuya gramática le quiebra hoy la cabeza.

MUJERES DEL EVANGELIO

POR

L A R M I G .

Se ha hecho una nueva edición de este precioso libro, uno de los más notables de su género, aumentada con el bellissimo canto *La hija de Jairo*, y con aprobacion y recomendacion de la censura eclesiástica.

Esta obra la deben leer nuestros queridos suscritores, y estamos seguros de que hallarán en sus páginas el más dulce atractivo.

Este libro se vende en la administracion de LOS NIÑOS á cuatro reales, y cinco para provincias. Lo recomendamos vivamente á los suscritores de LOS NIÑOS.

ADVERTENCIA.

En el próximo número comenzaremos á insertar un precioso trabajo del señor Trueba, escrito expresamente para Los Niños.

MADRID, 1874.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y G.^a (sucesores de Rivadeneyra). Duque de Osuna, 3.